

Queremos una generación indignada
que labre los horizontes
desentierre las raíces de la historia
arranque el pensamiento a las tinieblas
Queremos una generación futura
que no absuelva las culpas
no perdone
no ceda
no conozca la hipocresía
Queremos una generación
pionera
prodigiosa

NIZAR QABBANI

Apuntes en el cuaderno de la derrota (1967)

Sumario

Introducción Serge Halimi	6
CAPÍTULO 1 FRACTURAS	
<i>El gran regreso de Asia</i>	10
Las cuatro mutaciones de las economías dominantes Michel Husson	12
Al asalto de las conquistas sociales Stéphanie Treillet	18
Esos migrantes indeseables pero tan indispensables Alain Morice y Claire Rodier	22
<i>Como una fortaleza asediada</i>	24
El planeta en la trampa energética Denis Delbecq	26
Sorprendente geopolítica de las materias primas raras Karine Le Loët	30
El declive programado de la industria nuclear Mycle Schneider	34
¿Se debe pagar una deuda ilegítima? Eric Toussaint y Damien Millet	36
El PIB, una medida que no lo dice todo Olivier Zajec	38
CAPÍTULO 2 ASÍ CAMBIA EL PLANETA	
En la industria, los últimos serán los primeros Laurent Carroué	44
Los Estados petroleros retoman el control Jean-Pierre Séréni	48
El comercio en la era neoliberal Claude Serfati	50
El contenedor, caja de Pandora Pierre Rimbart	56
Un corredor marítimo en la banquisa Pierre Thorez	57
Compañías aéreas surgidas de la nada Jean-Pierre Séréni	60
La globalización criminal Pierre Conesa	62
<i>Todo se vende, todo se compra</i>	66
La galaxia internet Philippe Rivière	68
La gran batalla de la investigación Rigas Arvanitis, Denis Eckert y Laurent Jégou	72
¿Quién tiene (realmente) derecho a la educación? Piotr Malewski	76
Bollywood se vende bien Mona Chollet	80

<p>Dirección editorial del Atlas Martine Bulard, Alain Gresh, Philippe Rekaewicz, Catherine Samary y Olivier Zajec</p> <p>Cartografía Philippe Rekaewicz y Cécile Marin, con la ayuda de Aurore Colombani y Agnès Stienne</p> <p>Documentación Piotr Malewski</p> <p>Concepción gráfica Kate Fletcher</p> <p>Coordinación y corrección Nicole Thirion y Sarah Zhiri</p> <p>Portada Boris Séméniako</p> <p>Editado por la SA Le Monde diplomatique, sociedad anónima con directorio y consejo de vigilancia. Accionistas: Société éditrice du Monde, Association Gunter Holzmann, Les Amis du Monde diplomatique</p> <p>1, avenue Stephen-Pichon, 75013 París, Francia E-mail: secretariat@monde-diplomatique.fr Sitio internet: www.monde-diplomatique.fr</p> <p>Directorio: Serge Halimi, presidente, director de la publicación; Alain Gresh, director adjunto; Bruno Lombard, director de gestión</p> <p>Esta obra fue compuesta en Bodoni Egyptian, caracteres tipográficos diseñados por Nick Shinn.</p>	<p>El Atlas IV de Le Monde diplomatique Mundos emergentes. Edición Cono Sur</p> <p>Director: José Natanson Coordinador de la colección Le Monde diplomatique: Carlos Alfieri Edición: Pablo Stancanelli Traducción: Fundación Mondiplo Diagramación: María Cristina Melo Corrección: Germán Conde y Alfredo Cortés Producción: Norberto Natale</p> <p>© 2012, Capital Intelectual S.A.</p> <p>Capital Intelectual S.A. edita el periódico mensual <i>Le Monde diplomatique</i>, edición Cono Sur Redacción, administración, publicidad, suscripciones: Paraguay 1535 (C1061ABC) Buenos Aires, Argentina Tel.: (54-11) 4872-1300. Fax: 4872-1330 E-mail: secretaria@eldiplo.org En internet: www.eldiplo.org</p> <p>Queda prohibida la reproducción de todos los artículos en cualquier formato o soporte, salvo acuerdo previo con Capital Intelectual S.A. Hecho el depósito de Ley 11.723</p> <p>Agradecimientos Red Migreurop, Olivier Clochard, la asociación United for Intercultural Action (Ámsterdam), Jean Radvanyi, el Comité catholique contre la faim et pour le développement (CCFD-Terre solidaire), Dominique Vidal, Rafael Kandiyoti (Imperial College de Londres), Philippe Leymarie, el grupo de los “indignados” de Ginebra.</p>	<p>Se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2012 en Gráfica Pinter SA, Diógenes Taborda 48, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.</p> <p>Primera impresión: 10.000 ejemplares.</p> <p>Distribución en Capital Federal y Gran Bs. As.: Vaccaro, Sánchez y Cía. S.A. Distribución en interior: D.I.S.A., Distribuidora Interplazas S.A.</p> <p>La presente publicación se ajusta a la cartografía oficial establecida por el PEN, como a través del IGN según Ley 22.963 y ha sido aprobada por expediente N° XXXXX de fecha xx de octubre de 2012 con fe de erratas por única vez.</p> <hr/> <p><i>El Atlas de Le Monde diplomatique IV : mundos emergentes /</i></p> <p>Martine Bulard ... [et.al.] - 1a ed. - Buenos Aires : Capital Intelectual, 2012. 192 p. ; 30x23 cm. ISBN 978-987-614-389-9 1. Geopolítica. I. Bulard, Martine CDD 327.1</p> <p>Fecha de catalogación: 09/10/2012</p>
---	---	---

CAPÍTULO 3 DE LAS ANTIGUAS A LAS NUEVAS POTENCIAS

Lenta emergencia de los imperios europeos	Alain Gresh	84
Los días contados de la <i>pax britannica</i> y de la <i>pax americana</i>	Philip S. Golub	88
La descolonización a la hora de la Guerra Fría	Gilbert Achcar y Catherine Samary	92
Estados Unidos atrapado por el policentrismo	Benoît Bréville	96
Tenso relevo en China	Martine Bulard	100
Cooperación conflictiva entre Pekín y Washington	Martine Bulard	104
Brasil juega en las grandes ligas	Renaud Lambert	106
Las ambiciones de una India sin complejos	Jyotsna Saksena	108
Un Japón abrumado	Martine Bulard	110
Sudáfrica, influyente pero dividida	Augusta Conchiglia	112
Europa, una unión muy heteróclita	Catherine Samary y Ozlem Onaran	114
<i>Un continente de geografía variable</i>		118
Ankara en la huella del Imperio Otomano	Wendy Kristianasen	120
Rusia oscila entre modernización y parálisis	Jean Radvanyi	124
Las desorientadas instituciones de un mundo en crisis	Akram Belkaid	128
La estancada reforma de las Naciones Unidas	Anne-Cécile Robert	132

CAPÍTULO 4 GUERRAS SIN FIN

Fuerza y límites de las cruzadas “civilizadoras”	Gilbert Achcar y Catherine Samary	138
Geografía del caos en Medio Oriente	Alain Gresh	144
De la trampa afgana al atolladero paquistaní	Jean-Luc Racine	148
Recomposición del Cuerno de África	Marc Lavergne	152
El movimiento nacional palestino entre dos estrategias	Dominique Vidal	156
Al Qaeda se arraiga en el Sahara	Jean-Pierre Filiu	160
Resurgimiento del maoísmo en India	Christophe Jaffrelot	162
En Corea, el último conflicto de la Guerra Fría	Perrine Fruchart-Ramond	164
México sumido en el narcotráfico y la violencia	Anne Vigna	166
Pekín frustra el mano a mano entre África y Europa	Colette Braeckman	168
Tensiones recurrentes en el Mar de China Meridional	Régine Serra	170
El retorno de Rusia a la caldera del Cáucaso	Vicken Cheterian	172
Los conflictos balcánicos, ¿tienen solución dentro de Europa?	Jean-Arnault Dérens	174

CAPÍTULO 5 CONVULSIONES Y RESISTENCIAS

Ola revolucionaria en el mundo árabe	Alain Gresh	180
Los respetables hábitos de la extrema derecha europea	Jean-Yves Camus	184
La izquierda latinoamericana a prueba del poder	Janette Habel	186
El sueño milenarista de igualdad y justicia	Alain Gresh	190
<i>Un mundo en rebelión</i>		192
Presentación de los autores		194

INTRODUCCIÓN

Rivales y cómplices

Tras el “choque de civilizaciones”, ¿la convergencia de los mundos? Originado en Estados Unidos en 2007, el crack del capitalismo financiero fue atenuado gracias al impetuoso desarrollo de los países “emergentes”, en particular el de China. El país que Occidente aplastó y despedazó en el siglo XIX se convirtió a la vez en su rival geopolítico y en su relevo de crecimiento, en su fabricante y su banquero. Ensambla los *smartphones* de Apple, compra los bonos del Tesoro estadounidense y seduce a una Unión Europea anémica a la que podría salvar.

Pero este médico no acudirá sin tener una idea del diagnóstico. Inspirándose en el de Ronald Reagan, Jin Liqun, responsable del fondo soberano China Investment Corporation (CIC), cuyo capital asciende a 410.000 millones de dólares, afirmó en noviembre de 2011: “Los disturbios que se produjeron en los países europeos no son más que el resultado de problemas acumulados por una sociedad exhausta que vive de sus conquistas sociales. [...] Pienso que las leyes sociales son obsoletas. Conducen a la pereza y a la indolencia antes que a trabajar duro”. Las empresas en las que invierte el CIC pueden contar con un tratamiento de choque.

La desaparición (relativa) de Occidente, que parece coincidir con lo que un reciente presidente del Banco Central Europeo calificó, encantado, como “universalización de la economía de mercado”, permite asimismo al capitalismo intensificar la mutación que lo devuelve a sus orígenes. Gracias a la crisis de la deuda soberana y a la emergencia de potencias menos “indolentes”, se deshace de los oropeles sociales que las luchas obreras le habían obligado a revestir.

En efecto, más allá de las persistentes divergencias de intereses, nacionales y comerciales, un consenso parece unificar a la nueva oligarquía mundial. Esa misma que instala sus fábricas en China, invierte en el mercado inmobiliario en Londres, Nueva York o París, importa sus empleadas domésticas de Filipinas, envía a sus hijos a formarse en Harvard y resguarda su capital en los paraísos fiscales. ¿Pensaría también en esto el

presidente Barack Obama cuando se alegraba de que “países como China, India y Brasil experimenten un rápido crecimiento porque se acercan a los principios de mercado a los que Estados Unidos y el Reino Unido siempre adhirieron”?

Por lo tanto, se ha producido un doble vuelco: más Estados participan del orden internacional y en la decisión de las políticas económicas (se pasó, por ejemplo, del G8 al G20), pero, en casi todos los países, excepto en América Latina, un grupo social cada vez más reducido dicta la política de los gobernantes. La distribución geográfica del poder coincide con su constricción sociológica; algunos grandes países de Asia o Brasil refuerzan su papel, las burguesías consolidan el suyo. Y, mientras que el palmarés de los multimillonarios incluye cada vez más chinos, rusos, qataríes o indios, la tasa de mortalidad infantil de la provincia de Guizhou es doce veces superior a la de la opulenta Shanghai. Así, la difusión de los “principios de mercado” parece haber universalizado el modelo de Glasgow, ciudad donde la esperanza de vida en los barrios pobres sigue siendo veintiocho años inferior a la de los habitantes de las zonas acomodadas.

La convergencia entre antiguas y nuevas potencias se observa con menor claridad en algunos escenarios diplomáticos. La intervención de la OTAN en Libia y el activismo occidental respecto de Siria apuntaron a recuperar el prestigio de gobiernos desacreditados por su defensa de la política de colonización israelí y por su apoyo a los tiranos en desgracia del mundo árabe. El contraste con Rusia o China pareció entonces tanto más evidente cuanto que al mismo tiempo estos dos Estados –a su vez sacudidos por protestas–, preocupados al ver que la falta de libertades individuales en un país había servido de pretexto a una intervención extranjera y a un “cambio de régimen”, privilegiaron la “estabilidad”, es decir, la preservación del orden existente.

Sin embargo, una vez más las apariencias engañan. En efecto, se sabe que la oposición estadounidense a Siria e Irán se

debe más a la pertenencia de estos regímenes al “frente del rechazo” que a la furia represiva de sus dirigentes; por otra parte, los occidentales no dijeron ni una palabra cuando la santa alianza de las monarquías del Golfo envió sus tropas a Bahrein para aplastar una revuelta democrática. Más aun, las grandes capitales de la Unión Europea y el Fondo Monetario Internacional, que, con el pretexto de la crisis de la deuda soberana, pisotean la soberanía de Atenas, de Roma o de Lisboa y sumen a poblaciones enteras en la miseria, ¿son los mejores árbitros de la elegancia democrática? ¿Se resume nuestra libertad actualmente a elegir entre el cuchillo en la garganta de los banqueros y la pistola en la sien de

los tiranos? Los manifestantes que se jugaron la vida en Sidi Bouzid y en la Plaza Tahrir, los militantes de la Puerta del Sol y de Occupy Wall Street, los obreros de Shenzhen y los estudiantes chilenos ya ofrecieron su respuesta. Gracias a ellos, como en 1848, en 1918 y en 1968, lo improbable sucedió, la fatalidad se rebeló, el miedo desapareció y las chispas de levantamientos localizados inflamaron la llanura de un orden desigualitario. Este combate aún busca su salida política, pero conlleva la mejor promesa de un nuevo mundo.

Serge Halimi

Fronteras y cifras

En los mapas, esos trazos gruesos que simbolizan las fronteras generan la ilusión de un mundo recortado en unidades de vida o en países... Desgraciadamente, no son más que la representación visual indigente de una realidad compleja y variada. Trazados sobre el papel, pero, en el terreno, grandes barreras, pequeños muros, mojones o... nada en absoluto.

Las fronteras cambian en el tiempo y en el espacio cuando la historia se acelera y sacude la geografía del mundo. Estos trazados inscriptos tanto en el mapa como en el mármol no deben hacer olvidar el carácter subjetivo y sobre todo temporal de esas líneas de división y la diversidad de sus estatutos.

Durante las grandes particiones contemporáneas, desde el Congreso de Viena de 1815 hasta la Conferencia de Yalta de 1945, generaciones de diplomáticos garabatearon a mano –a veces arrodillados en los pasillos– múltiples y torpes esbozos para alcanzar los trazados fronterizos que les resultaban más favorables. Pero existen muros también en las cabezas, fronteras culturales, simbólicas, generalmente ausentes en los mapas tradicionales y para las cuales también es necesario imaginar formas de representación visuales.

¿Cómo encontrar los argumentos pertinentes para representar y designar esos lugares en los que se puede encolerizar a los actores con tanta facilidad? Cartografiar el mundo suscita debates y discusiones, supone realizar elecciones éticas y políticas. Son muchos los acontecimientos y los problemas inextricables a los que hay que aportar soluciones imperfectas. El mapa nunca es una imagen objetiva de lo que ocurre sobre el terreno, sino una representación parcial, resultado de las decisiones de quienes la producen.

Decisiones arduas... Cuando la ONU tiene una opinión, se la puede seguir, ya que es la más legítima, y de ese modo trazar en la arena la frontera entre Marruecos y el Sahara Occidental (aún inscripto en la lista de los dieciséis territorios no autónomos, pero que Marruecos considera como una de sus provincias), o incluso la “línea verde” entre Israel y los territorios palestinos (a pesar de que esta frontera haya desaparecido de la mayoría de los mapas israelíes). Para ciertas regiones, la misma Organización de las Naciones Unidas no tiene una solución y se contenta con emitir vagas y modestas “recomendaciones” de representación, o incluso prohíbe el mapa... Es el caso de Cachemira, reivindicada en su totalidad por India, o de Taiwán, considerada por China como una de sus provincias.

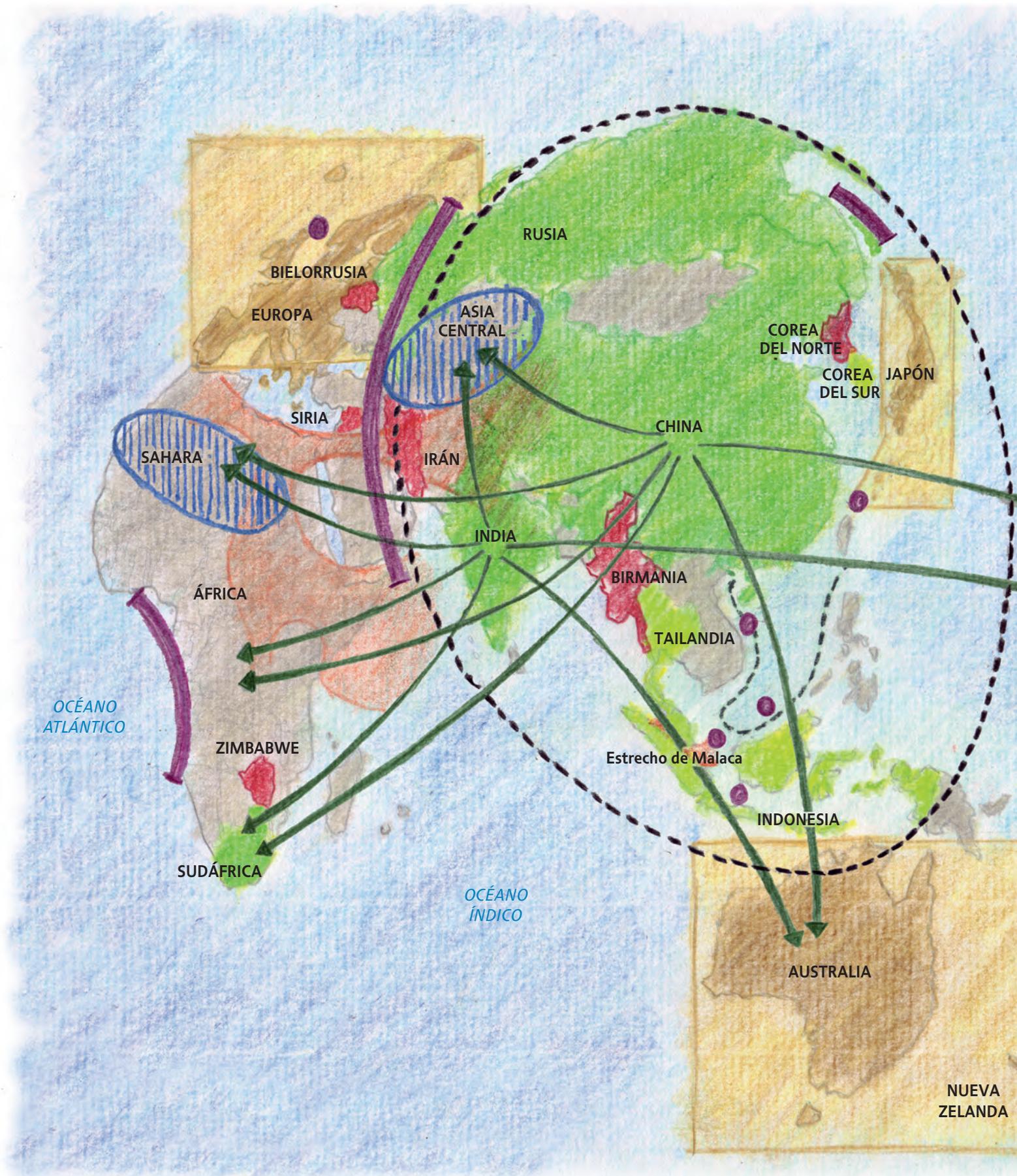
Numerosas bases de datos –es decir, millones de series estadísticas– son actualmente de libre acceso (no obstante, en el ámbito de la energía son extremadamente caras). Ante esta abundancia, es cada vez más difícil elegir la serie más apropiada, antes incluso de cualquier mirada crítica sobre la pertinencia de dichas cifras... ¿Qué significan realmente los 3.970 dólares del PIB por habitante de Turkmenistán?

El lector no debe sorprenderse de que Sudán del Sur, nacido como Estado independiente en 2011, no figure en los mapas de este Atlas cuando las estadísticas utilizadas son anteriores a esa fecha. Pero este nuevo país sí aparece en los mapas geopolíticos de África y de Medio Oriente.

Objeto de rivalidades políticas y de desafíos geoestratégicos, las fronteras son siempre difíciles de cartografiar, a tal punto están sólidamente ancladas en el imaginario emocional de los pueblos a los que separan... o reúnen.

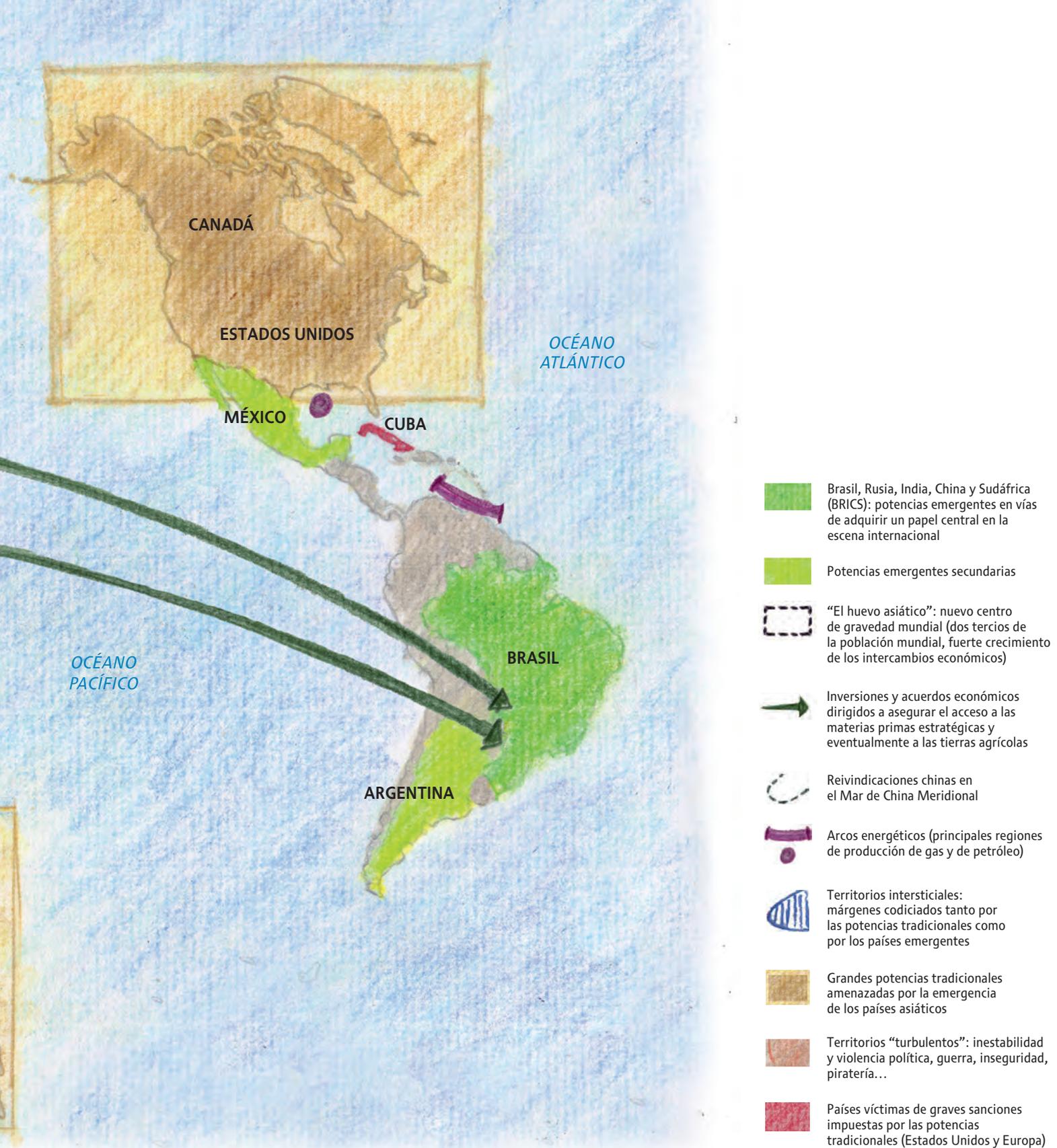
Philippe Rekacewicz

EL GRAN REGRESO DE ASIA



En 1492, “como un vuelo de halcones fuera del osario natal”, Cristóbal Colón, sus navegantes y sus capitanes partieron en busca del oro que Asia “madura[ba] en sus lejanas minas”. No imaginaban que fueran a descubrir un nuevo mundo, trastornar la geopolítica del planeta, abrir el camino a la conquista de América del Norte por parte de Europa. Y el futuro les parecía borroso a esos marinos “en los bordes misteriosos del mundo occidental” (José María de Heredia).

Cinco siglos después, ya no quedan islas por descubrir, ni océanos desconocidos por desafiar, ni pueblos por someter. Y sin embargo el paisaje que emerge sigue siendo igual de desconcertante, salvo que Asia recupera su lugar en el centro. Y, en plena crisis económica, social, ecológica, resurgen los miedos milenarios: “¿Nace un mundo o muere el futuro?” (Louis Aragon).



Las cuatro mutaciones de las economías dominantes

Nacida en un segmento estrecho de las finanzas –las famosas *subprime*–, la actual crisis se ha extendido rápidamente, en diversos grados, al conjunto de la economía mundial. Para comprender la amplitud de esta explosión, hay que remontarse a cuarenta años atrás.

Los años 1974 y 1975 marcaron el final del período llamado de los “treinta gloriosos”, el de un capitalismo relativamente regulado, y, en un mismo movimiento, la entrada en recesión. A modo de respuesta se configuró, en la década de 1980, una nueva disposición que se puede denominar capitalismo neoliberal. Éste, a su vez, experimenta una crisis desde 2007. En este sentido, lo que se vive actualmente constituye una crisis de las soluciones aportadas a la crisis anterior.

Este gran viraje de los años 1980 condujo a una serie de mutaciones que es posible determinar mediante la realización de una “espectrografía” de la economía mundial (véase la página siguiente). De este modo, se delinea una periodización muy homogénea, y las evoluciones de los diferentes indicadores tenidos en cuenta se organizan en torno a cuatro grandes mutaciones.

Primera mutación:

el aumento tendencial de la tasa de ganancia en la renta nacional.

El capitalismo de los “treinta gloriosos” no logró asegurar el mantenimiento de la tasa de ganancia: ésta comenzó a declinar a partir de la recesión de 1967 en Estados Unidos y cayó de manera continua hasta principios de los años 1980. Al hacer disminuir la participación de los salarios, el giro neoliberal permitió restaurar la rentabilidad de las empresas, por medio de una serie de cambios que alimentarían la siguiente crisis.

Segunda mutación:

la financiarización de las economías.

La financiarización comenzó a desarrollarse en el mismo período. Así lo demuestra la espectacular explosión de las cotizaciones bursátiles en todo del mundo. Relativamente estables en valor real (teniendo en cuenta la inflación), comenzaron a aumentar de manera exponencial (con grandes fluctuaciones) a partir de 1985. Así, se desconectaron de las previsiones de beneficios de

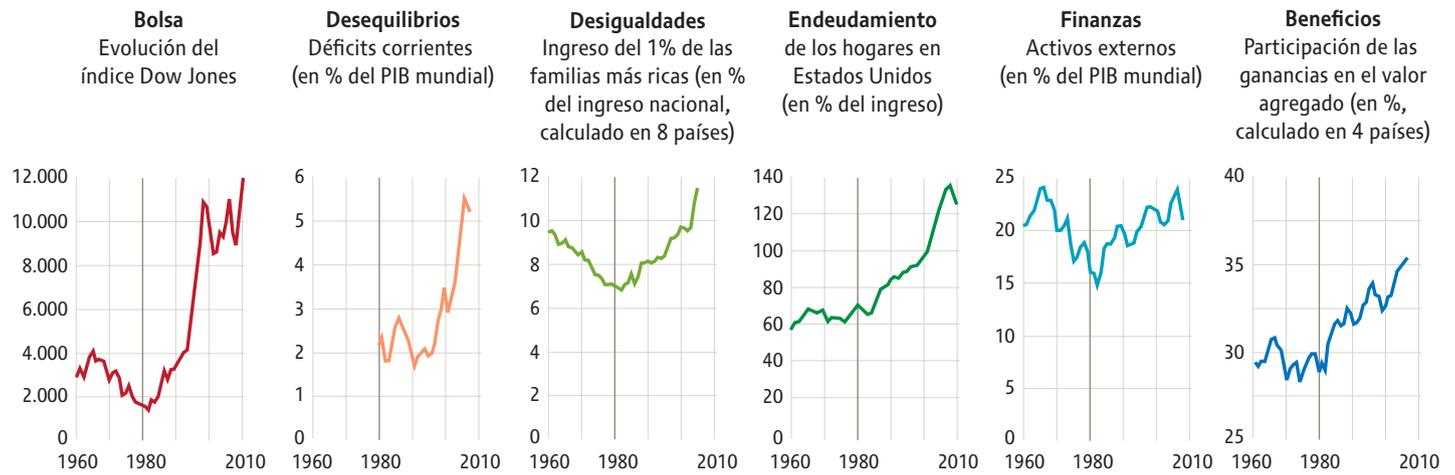
las empresas. Al mismo tiempo, se garantizó y se desarrolló la libre circulación de capitales a escala internacional independientemente de los intercambios de mercancías. Desde los años 1990, la participación de los activos financieros totales en la producción mundial de riqueza no dejó de aumentar, poniendo así de relieve la aceleración de la globalización financiera.

Caída de la participación de los salarios en la renta nacional y sobreendeudamiento de los hogares, por un lado; inversiones en el exterior y deslocalizaciones, por otro, ahondaron los desequilibrios mundiales, que terminaron por explotar.

Esta financiarización acompañó a las otras tendencias del modelo. En efecto, la disminución de la participación de los salarios en la renta nacional planteó el problema de la demanda de los productos fabricados. Para hacer frente a ello, se alentó a los hogares a pedir créditos, un sobreendeudamiento particularmente marcado en EE.UU. Caída de la participación de los salarios y sobreendeudamiento, por un lado; inversiones en el exterior y deslocalizaciones, por otro, ahondaron los desequilibrios mundiales, sobre todo a partir de la segunda mitad de 1990. Nuevamente, las finanzas aseguraron los flujos de financiación necesarios a escala internacional.

Esta configuración general condujo inexorablemente a un aumento en las desigualdades de ingresos. Mientras que la ■■■

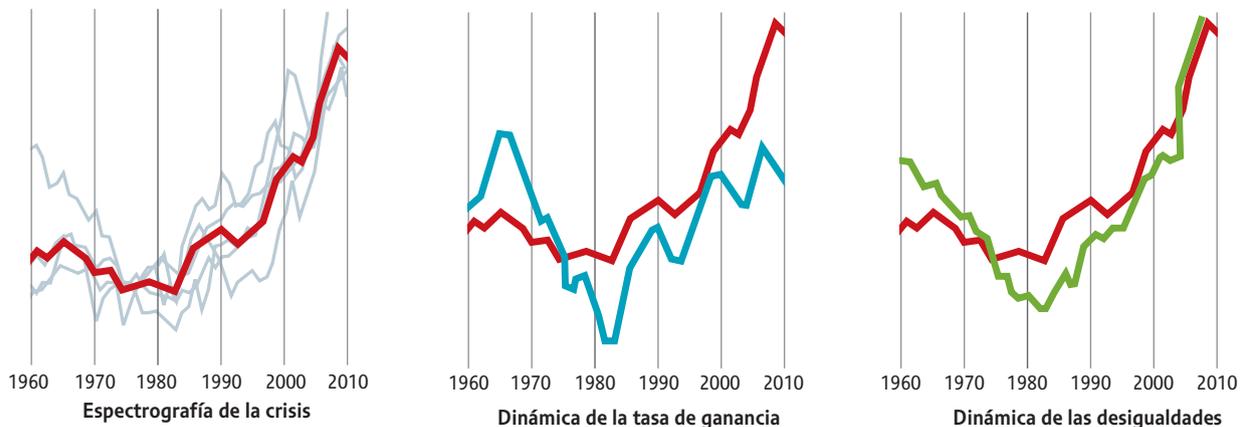
El brutal viraje de los años 1980



1. Estos seis indicadores muestran la evolución financiera, social y económica del mundo desde hace cincuenta años. La participación de las ganancias corresponde a la media de las ganancias obtenidas en Estados Unidos, Alemania, Francia y el Reino Unido. Respecto de las desigualdades, se trata de estos cuatro países más India, China, Japón y Suecia. Expresadas en unidades diferentes, estas series estadísticas no son directamente comparables entre sí, pero cada una de ellas muestra un cambio radical en los años 1980, período durante el cual la economía mundial fue objeto de una desregulación brutal.

Para que estos indicadores sean comparables, hay que “estandarizarlos”, es decir, someterlos a un tratamiento estadístico particular que permite crear una escala de valor (o una unidad) común para todos. Se dice entonces que estos indicadores han sido “tipificados”. Los datos se vuelven independientes de su unidad original, que ya no es útil mencionar.

— Índice sintético



2. Es posible calcular un “índice sintético” (curva roja gruesa) a partir de los seis indicadores (curvas grises) —ya comparables— de los que se extrae la media aritmética. Este índice es un “resumen”, que define una curva media, cuya forma es representativa de todos los indicadores. Se observa en estas diferentes curvas que la inflexión data de principios de los años 1980: tras haber caído, la tasa de ganancia vuelve a subir, al igual que la curva de las desigualdades.

■ ■ ■ parte de la renta del 1% más rico venía retrocediendo desde la Segunda Guerra Mundial, la curva se invirtió brutalmente a principios de 1980. Nunca desde los años 60 las brechas habían sido tan amplias. La reducción salarial masiva y el crecimiento exuberante de los ingresos financieros explican el fenómeno.

Tercera mutación:

la desaceleración de la productividad del trabajo.

El dinamismo del capitalismo reside en su capacidad para hacer que cada vez se produzcan más bienes y servicios en un tiempo de trabajo dado. Estos aumentos de la productividad permitieron conciliar más fácilmente la progresión del poder adquisitivo de los asalariados con la rentabilidad del capital. Sin embargo, tras haber sido extraordinarios a lo largo de los “treinta gloriosos”, se agotaron. De hecho, ésa fue la causa fundamental de la entrada en crisis de este modelo de capitalismo (véase el gráfico sobre la tasa de crecimiento del Producto Interior Bruto [PIB], página 17).

Cuarta mutación:

el “efecto boomerang” de la globalización.

El vertiginoso ascenso de los países emergentes revela un vuelco del mundo. Así, la participación de los BRIC (Brasil, Rusia, India y China) en el PIB mundial pasó de un 7,5% en 1990 al 17,7% en 2010. En 2011, los países avanzados no generaron más que la mitad del comercio mundial de productos manufacturados, frente a un 70% veinte años antes. Mientras que la productividad del trabajo continúa su desaceleración en el “viejo mundo” capitalista, aumenta vigorosamente en los países emergentes, convertidos en los motores de la economía mundial.

En los países emergentes, arrastrados por un capitalismo salvaje parecido en muchos aspectos al de la Inglaterra de la Revolución Industrial, se asiste a un crecimiento impetuoso y desigualitario.

Hasta hoy, se le podía atribuir al modelo liberal cierta coherencia, en la medida en que todas las tendencias descritas anteriormente estaban imbricadas y eran complementarias. Pero, para mantenerse, tal coherencia debía poder basarse en una búsqueda indefinida de esas mismas tendencias: reducción relativa de los salarios, aumento del endeudamiento, incremento de las inversiones financieras, etc. Así, la pretensión del capi-

talismo de obtener ganancias cada vez mayores a pesar de la desaceleración de los aumentos de productividad sólo podía lograrse mediante distorsiones crecientes en los equilibrios macroeconómicos, que inevitablemente alcanzarían sus límites.

El crecimiento incontrolado del endeudamiento, con las *subprime* en particular, resultó ser el eslabón más débil. Pero el hecho de que la crisis empezara en la esfera financiera no cambia en absoluto su carácter sistémico. De ahí su gravedad, que es en cierto modo proporcional al tiempo de vida del modelo neoliberal; el riesgo radica en que se necesite el mismo lapso de tiempo para rehacer en sentido inverso el camino recorrido hasta ahora. Porque, según Klaus Schwab, fundador y presidente del Foro Económico Mundial (el famoso “Davos”), “deberemos pagar por los pecados del pasado” (sin precisar quiénes están incluidos en ese “deberemos”). Por lo tanto, es necesario reflexionar sobre las condiciones que se deberán cumplir para volver a una economía desfinanciarizada y mejor regulada. Y, así, identificar mejor las amenazas que pesan sobre el período inaugurado por la crisis actual.

LÓGICA DE LA GANANCIA Y DE LAS NECESIDADES

Más vale no producir que producir de manera insuficientemente rentable: tal es el lema del capitalismo neoliberal. Todo sucede como si las necesidades sociales sólo merecieran satisfacerse siempre y cuando sean compatibles con criterios de “hiperrentabilidad” constantemente reforzados por las exigencias de las finanzas. Eso explica la relativa atonía de las inversiones, que no han acompañado, por lo menos en el viejo mundo capitalista, el aumento de las ganancias (véase página 17).

La respuesta a esta separación creciente entre las exigencias de rentabilidad y la satisfacción de las necesidades sociales conlleva una mercantilización generalizada: privatización de sectores enteros de la economía, desaceleración o reducción de los gastos públicos, retroceso de la protección social y reformas fiscales. El objetivo es reducir los gastos públicos, considerados “cargas improductivas”, y ampliar así la lógica del beneficio. Sus efectos sociales son conocidos: desempleo masivo, precariedad e inseguridad social crecientes. En los países emergentes, arrastrados por un capitalismo salvaje parecido en muchos aspectos al de la Inglaterra de la Revolución Industrial, el crecimiento impetuoso margina a amplios sectores de la población, y las desigualdades sociales no se reabsorben, a pesar del retroceso de la pobreza.

A la crisis financiera se sumó la crisis alimentaria que golpea a una parte importante de la población mundial. No hay nada de natural en estos problemas: son también el fruto de una mercantilización a ultranza. La apertura al mercado mundial, que favoreció la deflación salarial en los Estados industrializados, condujo asimismo a la destrucción de amplios sectores



David Harvey,
El nuevo imperialismo,
Akal, Madrid, 2004.

Pierre Larrourou,
Pour éviter le krach ultime, Nova Editions,
Paris, 2011.

Minqi Li,
The Rise of China and the Demise of the Capitalist World Economy,
Pluto Press,
Londres, 2009.

de la agricultura tradicional en el Sur. Así, muchos países se alejaron de la autosuficiencia alimentaria e importaron cada vez más masivamente. Transformados en mercancías ordinarias, los alimentos se convirtieron en objeto de especulación, a costa de hambrear a millones de personas en todo el mundo. Al punto de desencadenar motines del hambre.

De manera aun más profunda, esta sumisión de las necesidades humanas a la lógica mercantil conduce a una crisis latente

La crisis no tiene nada de coyuntural, y el modelo liberal está condenado al fracaso. Pero el sueño de un capitalismo regulado, del tipo de los “treinta gloriosos”, se revela asimismo inalcanzable.

de legitimidad del sistema, que reviste la forma de una crisis democrática. La sumisión de los gobiernos a los “mercados financieros”, a los que procuran “tranquilizar” en vez de hacer prevalecer el interés público, y los cambios de dirigentes ante la presión de los prestamistas (como en Grecia o en Italia) deslegitiman los sistemas democráticos. Las revoluciones árabes, los movimientos de los “indignados” (en Grecia, en España o incluso en Estados Unidos) y los estallidos sociales (en China o en el Reino Unido) son, bajo formas muy diferentes, la expresión de esta pérdida general de legitimidad.

DESFINANCIARIZACIÓN Y REEQUILIBRIO DE LA ECONOMÍA MUNDIAL

Durante la fase neoliberal, la pareja China-Estados Unidos ha sido uno de los principales motores del crecimiento. Pero esta configuración está siendo doblemente cuestionada. En China, las tensiones sociales y demográficas conducen a concentrarse necesariamente en el mercado interno (o en la zona asiática) y a replantear la financiación del déficit estadounidense por medio de excedentes chinos. El modelo estadounidense de crecimiento basado en el crédito ya no puede funcionar, y su reequilibrio sólo podrá ser alcanzado con una tasa de crecimiento menor. En Europa, la crisis de las deudas soberanas fue reveladora y mostró que la construcción europea era defectuosa y estaba truncada. El Viejo Continente se encuentra pues frente a este dilema: ruptura o refundación integral.

Según modalidades diferentes en Estados Unidos y en Europa, el desafío de este período es saber quién debe pagar la factura que los planes de rescate transfirieron del sector privado al

sector público, sin cancelarla. Más que económico, este desafío es ante todo político y social. A falta de disponer de un modelo de recambio, los gobiernos se ven tentados de aprovechar la oportunidad para administrar una terapia de choque destinada a profundizar las “reformas” neoliberales y a preservar así los “derechos de giro” de los activos financieros sobre la riqueza.

El necesario reequilibrio de la economía no puede consistir en un simple regreso al pasado, puesto que el gran vuelco del mundo es irreversible. El peso económico de los países emergentes está llamado a aumentar, al igual que su peso demográfico (excepto en el caso de China): en 2100, la población de los países desarrollados no debería representar más que un 13% de la población mundial, frente a un 30% en 1960.

EL DESAFÍO DEL CAMBIO CLIMÁTICO

No hay, propiamente dicho, un factor ecológico que haya activado esta crisis. En cambio, ésta tiene consecuencias sobre el compromiso ante los desafíos medioambientales. A corto plazo, toda reanudación de la actividad impulsa el precio del petróleo al alza y acentúa los desequilibrios ya existentes, dando así a la crisis una dimensión energética. A mediano plazo, las políticas llamadas de salida de crisis, y particularmente la austeridad presupuestaria, hipotecan la aplicación de programas de inversión necesarios para el desarrollo de las energías renovables, de los medios de transporte alternativos y para las obras de aislamiento de las viviendas.

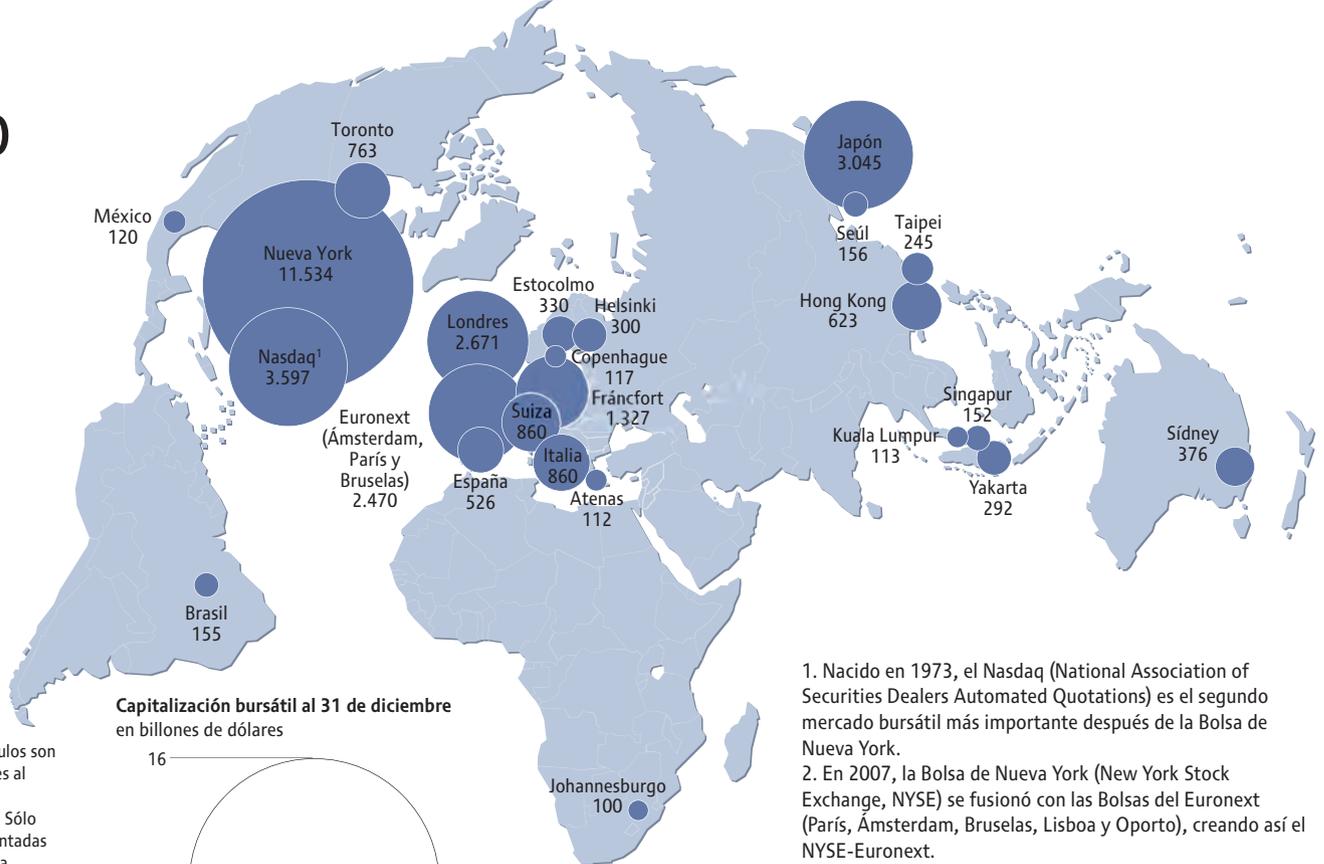
A más largo plazo, el desafío climático pesa sobre la capacidad o la forma del crecimiento mundial. Hasta ahora, todo “progreso” (medido por el PIB mundial *per capita*) condujo a un aumento constante de las emisiones de CO₂. Si esta correlación no se rompe, la búsqueda del crecimiento parecería incompatible con los objetivos de reducción de estas emisiones. Cuando en realidad tales reducciones podrían constituir uno de los motores de un crecimiento de nuevo tipo.

Este breve panorama pone de relieve hasta qué punto esta crisis no tiene nada de coyuntural. Las supuestas soluciones que se alegan actualmente desembocan en un callejón sin salida. El proyecto que consiste en volver al *business as usual* (“a los negocios como de costumbre”), imponiendo a la fuerza las condiciones de una reactivación del modelo neoliberal, está condenado al fracaso. Sencillamente porque los elementos clave de este modelo han sido invalidados durante mucho tiempo. El sueño de un retorno a un capitalismo regulado, del tipo de los “treinta gloriosos”, se revela asimismo inalcanzable.

Para eliminar las disfunciones que condujeron a la crisis, sería necesaria una economía basada en una menor rentabilidad y en una distribución de la riqueza más justa. La cuestión radica en saber si tales preceptos son compatibles con el capitalismo. [El Atlas](#)

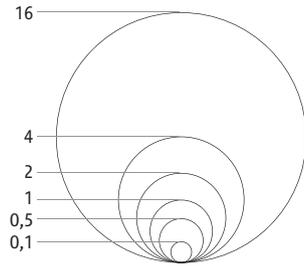
Las finanzas se extienden en Asia

2000



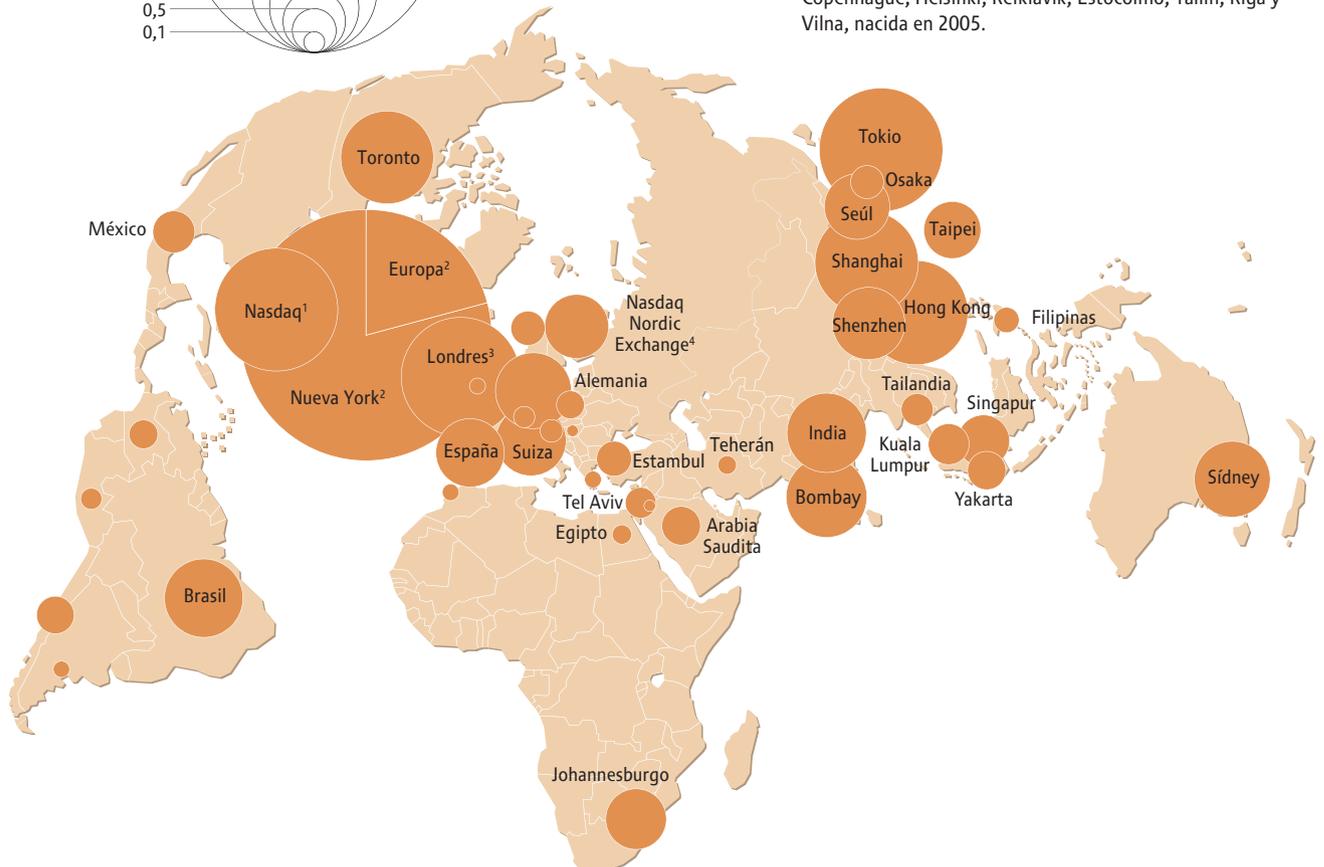
Capitalización bursátil al 31 de diciembre en billones de dólares

Nota: los círculos son proporcionales al monto de los intercambios. Sólo están representadas las Bolsas cuya capitalización supera los 100.000 millones de dólares.



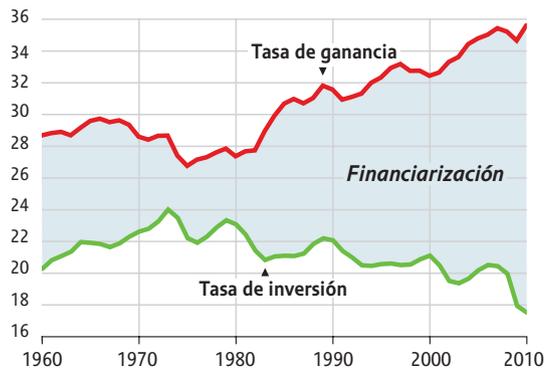
1. Nacido en 1973, el Nasdaq (National Association of Securities Dealers Automated Quotations) es el segundo mercado bursátil más importante después de la Bolsa de Nueva York.
2. En 2007, la Bolsa de Nueva York (New York Stock Exchange, NYSE) se fusionó con las Bolsas del Euronext (París, Ámsterdam, Bruselas, Lisboa y Oporto), creando así el NYSE-Euronext.
3. La Bolsa de Londres (London Stock Exchange) adquirió la Bolsa de Milán en 2007.
4. El Nasdaq compró en 2007 la federación de Bolsas de Copenhague, Helsinki, Reikiavik, Estocolmo, Tallin, Riga y Vilna, nacida en 2005.

2010



Menos inversiones, más ganancias

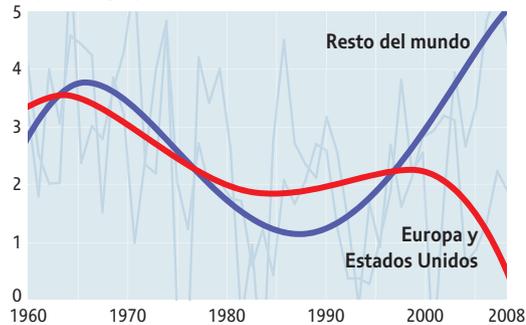
Tasa de inversión y tasa de ganancia en el conjunto Estados Unidos, Unión Europea, Japón en porcentaje del PIB



Fuente: Comisión Europea, base de datos AMECO.

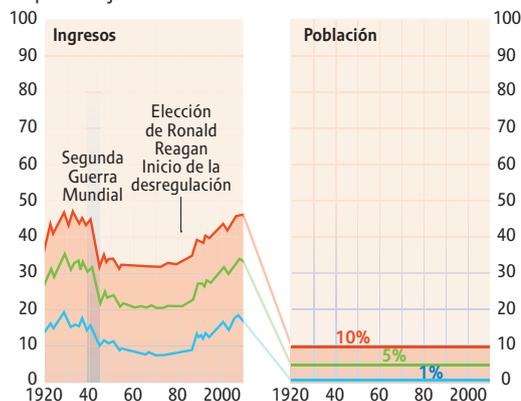
Vuelco del crecimiento

Tasa de crecimiento del Producto Interior Bruto (PIB) en porcentaje (promedio móvil sobre 4 años)



Desigualdad de ingresos

Población e ingresos en Estados Unidos en porcentaje



Fuentes: Emmanuel Saez y Thomas Piketty, "The evolution of top incomes: A historical and international perspective", *The American Economic Review*, vol. 96, nº 2, mayo de 2006, actualizado en 2010.

Lectura: en 1920, el 10% más rico poseía el 40% de la renta nacional.

Un sistema bancario ineficaz y de alto riesgo

Tras la especulación de los años 1930, la banca comercial y la banca de inversión fueron separadas, y sus actividades delimitadas. A partir de los años 1980, se levantaron esas regulaciones para que compitieran todas las formas de financiación. La "banca universal" desplegó inversiones financieras, para sí misma y para sus clientes, con rendimientos tanto más elevados cuanto más arriesgadas fueran. Ciertamente, las autoridades monetarias preconizaron "ratios prudenciales", con la obligación de aumentar los fondos propios (recursos provistos por los accionistas de los bancos y ganancias no distribuidas) de manera proporcional a los riesgos. Pero los bancos los eludieron, a la vez que procuraron transformar los créditos de riesgo en títulos ("titulización"). La lógica consistía en no incluir los créditos en los balances supervisados y en hacerlos comprar por fondos especulativos no controlados, que a su vez los revendían a través de las carteras de títulos compradas en todo el mundo. Se esperaba así dispersar el riesgo.

Por el contrario, la crisis de las *subprime* de 2007 puso en evidencia una dilución del control del riesgo. Los títulos "basura" que infestaban los balances bancarios eran los más rentables... antes del estallido de las burbujas (como en el sector inmobiliario). El hundimiento de su valor produjo quiebras en cadena, así como, en 2008, un primer colapso del crédito (*credit crunch*) y una recesión mundial por falta de financiación. Los bancos centrales y los Estados salvaron entonces a los bancos y sostuvieron la economía frente a la recesión, a costa de aumentar su deuda.

Los bancos utilizaron entonces los recursos que les proporcionaron los Estados a un tipo de interés reducido para adquirir... títulos de deuda pública. Títulos tanto más rentables cuanto peor calificación crediticia y mayor riesgo de insolvencia tenga un Estado. Así, los bancos europeos, particularmente alemanes y franceses, poseen la mayoría de los títulos de la deuda soberana de los países de la Unión Europea, mientras que los antiguos créditos del tipo *subprime*, hasta ahora renegociados, están por vencer.